

de la sociedad estamental. Por eso, la cirugía había estado hasta entonces, en manos de barberos y sangradores, sin más formación que la que les daba la experiencia. En aquellos años, empiezan a salir de Alcalá los primeros especialistas universitarios. Los llamados cirujanos "latinos" para distinguirlos de los que carecían de formación. Esta especialidad que se ancla en los conocimientos anatómicos derivados de la observación directa de cadáveres, más que en las referencias teóricas clásicas, encajará en el espíritu científico-experimental del joven Hernández, que en su caso se orienta más a la observación y clasificación de plantas. Con uno de sus condiscípulos Juan Frago, cirujano, natural de Toledo, compartirá una profunda amistad y excursiones que en ambos contribuirán en gran medida a sus estudios botánicos, y a la búsqueda de remedios en las plantas.

Además, el desarrollo de su personalidad y su formación humanista pudo completarse con otros conocimientos, porque la escasa separación entre "ciencias y letras" que existía en Alcalá, permitía a los estudiantes inquietos, como Hernández, asistir a los ejercicios de "conclusiones y explicaciones de extraordinario", en los que saciar su interés hacia cuestiones de cosmografía, matemáticas o historia natural.

También conviene recordar que la expansión del mundo conocido motivó nuevos cambios en las enseñanzas médicas que iban a condicionar de manera directa el posterior desarrollo de su obra y de toda su vida. Algunas de las mentes más despiertas de la época comenzaban a plantearse que posiblemente los clásicos no lo sabían todo; se atrevían a preguntarse, incluso, si habría que llegar a cuestionar muchas de las enseñanzas de los maestros, a causa de las novedades que llegaban desde América.

El contraste entre el academicismo caduco y la realidad se podía apreciar en los más variados escenarios, pero sobre todo en un lugar tan alejado de la ortodoxia universitaria como eran los mercados y plazas populares, donde comenzaban a venderse y a utilizarse, con indudable éxito, algunos remedios llegados de América, rechazados e ignorados por las escuelas de medicina por no estar descritos en los textos de los autores clásicos: el tabaco, el chocolate, la corteza del árbol de la quina o las hojas de coca. Todas estas nuevas hierbas mostraban propiedades curativas y efectos sobre el organismo. Esta situación originaba una cierta sensación de precariedad de la conocida como "materia médica" (remedios y fármacos) y la necesidad de construir una nueva ciencia médica, más sólida y más útil.

Hernández, mientras, continuaba aplicándose en aprender de los grandes maestros que gozó en Alcalá. Asistía a las lecciones de cátedra y al poste para esclarecer dudas con sus profesores, traducía a los clásicos, realizaba las disecciones de cadáveres que le permitían, sobre todo de animales... Pero una parte importante de su tiempo lo empleaba en completar

sus conocimientos de botánica, sobre todo, en lo referente a las propiedades curativas de las plantas. Su dura jornada concluía en el pupilaje. Allí, después de engullir una exigua y poco apetitosa cena, aún debía dedicar unas horas, ayudándose de la luz de una lamparita de aceite, a memorizar los textos de medicina de los que luego tendría que responder en las estrictas pruebas orales.

A pesar de la dureza del horario de estudio, el joven tuvo tiempo para gozar de la amistad de condiscípulos tan eminentes como Cristóbal de Vega y Francisco de Mena, el ya mencionado, cirujano y naturalista, Juan Frago. Otro condiscípulo (para desgracia suya, como luego veremos) fue Francisco Valles, éste bautizado por sus contemporáneos como el "Hipócrates complutense", el "Galeno español" o el "divino" por el mismísimo rey. Francisco Valles, que era algo más joven que Hernández, fue una de las glorias de Alcalá, pero su gran ambición y envidia, parejas a sus méritos como médico, le llevaron a utilizar todos los medios a su alcance, con el propósito de entorpecer la carrera de aquellos que pudieran hacerle sombra; uno de estos competidores molestos, fue Hernández.

Una cuestión aún no aclarada es la fecha en la que el joven Francisco terminó sus estudios médicos. Al parecer obtuvo el título de "Bachiller en Medicina" el 22 de Mayo de 1536, tras los dos años preceptivos de "oír facultad" y de seis meses de prácticas con un licenciado. Lo cual le habilitaba para ejercer la profesión tras pasar el examen, conocido como la tentativa y por supuesto, tras pagar el grado. Tres años más tarde, lograría el grado de "licenciado en medicina", después de realizar tres actos públicos (equivalentes a exámenes), uno cada año: el primer, segundo y tercer principio (conocido este último como la temida alfonsina). La concesión de este grado, como todos los anteriores, se plasmaba en un acto solemne en el que se autorizaba el ascenso a doctor sin necesidad de nuevos estudios. Solo dependía de que el interesado pudiera afrontar los gastos.

Cuando Hernández abandonó Alcalá, lo que ocurrió después de 1540, poseía una sólida formación en lenguas clásicas, profundos conocimientos en historia natural, especialmente en botánica, y una excelente formación en medicina y cirugía, así como un gran amor por la experimentación y las disecciones.

Poco antes, en 1539, acababa de morir la reina Isabel, esposa de Carlos I. Es posible que su hijo, Felipe, se cruzase con Hernández a las afueras de Alcalá, cuando éste abandonaba la Universidad y el príncipe, acompañado de su preceptor el arzobispo Siliceo, llegaba a oír lecciones allí. Es el mismo príncipe Felipe que tres años más tarde, con solo dieciséis de edad, gobernará España en ausencia de su padre y contraerá matrimonio con María Manuela de Portugal.

Tras terminar sus estudios, Hernández, como cualquier otro joven recién graduado (de hoy o de hace